

071. Con la luz y la ayuda de Dios

Me gustará comenzar hoy con un hecho de la historia de la música, y que los músicos que me escuchan se deben saber muy bien. Se estrenaba en Viena una de las obras musicales más famosas. Allí, en el palco, estaba el compositor, entusiasmado más que nadie con su oratorio “La Creación”, pero a la vez con una compostura muy humilde. En el momento que estalla el pasaje “Y la luz quedó hecha”, estalló también en el auditorio un aplauso enorme. Al autor se le nublan los ojos con las lágrimas, levanta las manos hacia arriba, y exclama con emoción intensa, sabedor de que la inspiración se la debió toda a Dios, y de quien le vino la ayuda en todo momento:

- *Esto no viene de mí, sino de arriba. ¡Toda la alabanza para Dios!* (Haydn)

¿A qué viene este ejemplo del gran maestro?...

Es una magnífica lección de lo que significa la ayuda de Dios en todas nuestras obras, que son tan dignas de Dios, pero que las hemos realizado siempre con su ayuda imprescindible. Entonces, con la inspiración de Dios y con su fuerza, nos sale todo redondo, como decimos familiarmente.

A este propósito, ¿habremos entendido alguna vez aquella palabra de Jesús tan seria, tan enigmática, y que tanto hace pensar, cuando nos dice: “*Sin mi no podéis hacer nada*”? (Juan 15,5). Y *nada* significa esto: *nada*, absolutamente *nada*. Dejemos de jugar con la palabra *nada*, para ir a la realidad que nos expresa. Si se trata de hacer algo para nuestra salvación, Dios nos es necesario del todo.

El apóstol San Pablo nos dice lo mismo que Jesús, pero con otras palabras: “*Nadie puede decir Jesús es Señor, sino es con la fuerza del Espíritu Santo*” (1Corintios 12,3). O sea: que no podemos hacer ni el más pequeño acto de fe si no es con la gracia que nos viene de lo alto.

Sin la ayuda constante de Dios, somos la impotencia personificada. Somos como un cadáver tendido en tierra: es imposible que se mueva, que quiera ver u oír, que respire, que haga cosa alguna.

De aquí viene la insistencia de Jesús en el Evangelio, de los Apóstoles en sus cartas y de la Iglesia en toda su enseñanza, sobre la necesidad de la oración. La oración la queremos, la buscamos y la practicamos para unirnos cada vez más a Dios, para vivir en comunión íntima con Él. Y la practicamos por necesidad estricta: pues, sin el apoyo de Dios, somos incapaces de hacer nada bueno.

Una plegaria de la Liturgia expresa de manera bellísima este pensamiento y esta convicción de la Iglesia. Es una de las oraciones más profundas que recitamos:

- *Señor, que tu gracia inspire, sostenga y acompañe nuestras obras, para que nuestro trabajo comience en ti como en su fuente, y tienda siempre a ti como a su fin.*

Para entender esta oración nos basta una comparación sacada de lo más encantador de la vida familiar. Somos ante Dios como el niño pequeñín que apenas se tiene en pie y aún no sabe caminar. Dios, como la mamá, le hace señas al niño y le invita: *¡Ven, ven!*... El pequeñito tiene miedo a dar el primer paso, duda, extiende sus bracitos... La mamá, en nuevo gesto, le tiende la mano, lo agarra... El chiquitín camina, llega hasta la mamá, y se le echa al cuello para besarse los dos y quedar apretados en el abrazo más tierno.

Éste es Dios con nosotros. Es Dios quien ilumina nuestra mente de continuo para hacernos ver lo que Él quiere de nosotros, como la mamá que llama al niño. No podemos caminar solos, pero Dios nos da su fuerza, como el brazo de la mamá al pequeño. Y caminando con esa fuerza de Dios, caemos en sus brazos divinos para darnos el abrazo más fuerte. Hemos caminado nosotros, pero sólo porque Dios nos ha llamado, nos ha robustecido, y con Él lo hemos podido todo.

La comparación anterior no es mía, sino de un célebre político chino, convertido a la fe católica y después un santo cristiano. Perdonen la repetición, per me permito citar sus mismas palabras:

- *Soy como un niño que aprende a caminar y que no sabe poner un pie delante del otro; pero su madre le hace una señal, y mirándola él, corre hacia ella. El Dios bondadoso no cesa de hacerme señales y yo avanzo. El niño va hacia su madre y, cuando temblando y estremecido, llega a su regazo, salta, ríe y la abraza* (Lu Tsen Tsian)

Así entendemos lo necesaria que nos es la oración.

Percibimos lo que es en la vida cristiana el estar atentos a la voz del Espíritu.

Nos damos cuenta de lo que es seguir la inspiración de la Gracia.

Adivinamos lo que es confiar en Dios, que nos ama como una madre.

Somos conscientes de lo que es hacer constantemente el bien, cuando es Dios quien constantemente nos está llamando y nos extiende sus brazos, porque nos ama y quiere gozar del amor de sus hijos e hijas...

Cuando así se siente a Dios, la vida cristiana —bajo la gracia divina y aun en medio de las preocupaciones más serias— es toda paz, como lo expresaba el célebre judío convertido: *Ayudado por la misericordia divina, yo no he sufrido. La gracia bajaba a mi corazón lenta, dulce, deliciosamente, como un rocío luminoso* (Israel Zolli, el rabino de Roma, 1946)

Esa gracia de Dios, que tenemos a cada instante con nosotros, es la que hace posible y agradable el llevar adelante la vida cristiana con todas sus exigencias. ¿Que cuesta a veces? Ya lo sabemos. Pero sabemos también que Dios está siempre con nosotros, y con Dios lo podemos todo.

El célebre músico se entusiasmó con su propia creación y supo dónde se escondía el autor principal. Como nosotros, que un día veremos lo que habrá sido nuestra vida, ahora escondida en Dios. Cuando la veamos en todo su esplendor, diremos también: *¡Dios, Dios! Todo ha sido de Dios...*